

división de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hacia las Salesas Nuevas con varias piezas de artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y á la heteróclita pandilla las proporciones de un pueblo.

Hubo un instante de silencio, durante el cual no oí más voces que las de algunas mujeres, entre las cuales reconocí la de la Primorosa, enronquecida por el continuo gritar... En aquel breve respiro me aparté de la ventana; pude observar el pánico de mis amigos y de las demás personas que llenaban la salita; á saber: nuestra patrona, Escolástica, otras dos mujeres, y el hijo de aquélla, un niño de diez años, llamado familiarmente *Polo* (Hipólito), travieso, espiritual, ávido de jugueteo y diabluras patrióticas.

Súbitos disparos de cañón y fusilería nos aterraron. Dijérase que á nuestros pies reventaba un volcán. Las mujeres prorrumpieron en pavorosos chillidos é invocaciones á la Divinidad. Vi entonces que el inocente, el pacífico y angelical curita D. Celestino se enardecía, se transfiguraba, como si en su mísero cuerpo se hubiera introducido un alma bravía, desalojando el alma de mansedumbre... Asomábase al balcón, retrocedía con espanto, volvía los ojos á la imagen de la Virgen, y en sus labios se tropezaban al salir la plegaria y la imprecación. Así hablaba el buen clérigo: «Jesús, María y Santiago nos amparen! ¿No oís el grito de los pocos que aun viven? ¿No veis el arranque de esas bravas mujeres?... ¡Oh! Yo tiemblo... sostenedme... No, no; dejadme que coja un fusil... Gabriel, y tú también, también tú, Polo, y tú, Inés, y vosotras, vamos todos á la calle... Asómate, Gabriel; verás que los hombres que hacían fuego desde la tapia han perecido todos. No importa. Cada muerto no significa más sino que un

fusil cambia de mano... Mirad: avanza la artillería francesa... ¡Ah, perros, todavía somos muchos, aunque seamos pocos!... Venid, entrad... España tiene todavía piedras en sus calles para acabar con vosotros...»

Y volviéndose á mí, y sacudiendo mi brazo y el del inocente Polo, gritaba: «¡Ah, si yo tuviera veinte años como vosotros...! Gabriel, Polo, ¿sabéis lo que es el deber?... ¿Sabéis lo que es el honor? Pues para que lo sepáis, oid. Yo, que soy un viejo inútil; yo, que nunca he visto un combate; yo, que jamás he disparado un tiro ni aun para cazar; yo, que en mi vida he peleado con nadie; yo, que no puede ver matar un pollo; yo, que siempre he tenido miedo á todo; yo, que ahora tiemblo como una liebre, y á cada tiro que oigo parece que entrego el alma al Señor, voy á bajar al instante á la calle, no con armas, porque armas no me corresponden, sino con mi persona consagrada, para decir: «Españoles, muramos todos antes que rendirnos á esta canalla.»

Abrazáronse á él las mujeres llorando, para contenerle en su loco frenesí... Yo no pude aguantar más. Salí como un rayo. Escaleras abajo sentí tras de mí un golpeteo de pasos infantiles. Era Polo, que no descendía, sino rodaba de escalón en escalón... Pero no pudo alcanzarme.

VIII

Llegué á la calle en momentos muy críticos. Las dos piezas de la calle de San Pedro habían perdido gran parte de su gente, y los cadáveres obstruían el suelo. La de la calle de San José había de resistir el fuego de los franceses, sin más garantía de superioridad que el heroísmo de D. Pedro Velarde y el auxilio de los tiros de fusil. Al dar los primeros pasos encontré uno, y me

situé junto á la entrada del Parque, desde donde podía hacer fuego hacia la calle Ancha, resguardado por el machón de la puerta. Allí se me presentó una cara conocida, aunque horriblemente desfigurada, en la persona de Pacorro Chinitas, que incorporándose entre un montón de tierra y el cuerpo de otro infeliz ya moribundo, hablóme así con voz desfallecida:

«Gabriel, yo me acabo; yo no sirvo ya para nada.

— Ánimo, Chinitas — dije, devolviéndole el fusil que caía de sus manos; — levántate.

— ¿Levantarme? Ya no tengo piernas. ¿Traes tú pólvora? Dame acá: yo te cargaré el fusil... Pero me caigo redondo. ¿Ves esta sangre? Pues es toda mía y de este compañero que ahora se va... Ya expiró... Adiós Madrid; ya me encandilo... Gabriel, apunta á la cabeza. Dios sea conmigo y me perdone. Nos quitan el Parque; pero de cada gota de esta sangre saldrá un hombre con su fusil, hoy, mañana y al otro día. Gabriel, no cargues tan fuerte, que revienta. Ponte más adentro. Si no tienes navaja, búscala, porque vendrán á la bayoneta. Toma la mía. Allí está junto á la pierna que perdí... ¡Ay! ya no veo más que un cielo negro. ¡Qué humo tan negro! Gabriel, cuando esto se acabe me darás un poco de agua... ¡Agua, Señor Dios... agua!»

Cuando me aparté de allí, Chinitas ya no existía. El combate llegaba á un extremo de desesperación, y la artillería enemiga avanzó hacia nosotros. Animados por Daoiz, los heroicos paisanos pudieron rechazar por última vez la infantería francesa, que en pequeños pelotones se destacaba de la fuerza enemiga.

«¡Ea! — gritó la Primorosa cuando volvió á comenzar el fuego de cañón. — Atrás, que yo gasto malas bromas. Soy la reina, soy la emperadora del Rastro, y acostumbro á fumar en este cigarro de bronce, porque no las gasto menos. ¿Quieren una chupadita? Pos allá va.»

La brava mujer calló de improviso, porque la otra maja que cerca de ella estaba cayó violentamente, herida por un casco de metralla. De su despedazada cabeza saltaron, salpicándonos, repugnantes pedazos.



La esposa de Chinitas, que también estaba herida, miró el cuerpo expirante de su compañera. Debo consignar aquí un hecho transcendental: la Primorosa se puso repentinamente pálida y seria.

Llegó el instante crítico y terrible. Durante él sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Al volver los ojos, vi un brazo azul con charretera de capitán. Pertenecía á D. Luis Daoiz, que, herido en la pierna, hacía esfuerzos por no caer al suelo, y se apoyaba en lo que encontró más cerca. Yo extendí mi brazo alrededor de su cintura, y él, cerrando los puños, elevándolos convulsamente al cielo, apretando los dientes y mordiendo después el pomo de su sable, lanzó una imprecación, una blasfemia, que habría hecho desplomar el firmamento, si lo de arriba obedeciera á las voces de abajo.

En seguida se habló de capitulación y cesaron los fuegos. El jefe de las fuerzas enemigas acercóse á nosotros, y en vez de tratar decorosamente de las condiciones de la rendición, habló á Daoiz de la manera más destemplada y en términos amenazadores y groseros. Nuestro inmortal artillero pronunció entonces aquellas célebres palabras: *Si fuerais capaz de hablar con vuestro sable, no me tratariais así.*

El francés, sin atender á lo que le decía, llamó á los suyos, y en el mismo instante... Ya no hay narración posible, porque todo acabó... Arrojáronse sobre nosotros. El primero que cayó fué Daoiz, traspasado el pecho á bayonetazos. Retrocedimos precipitadamente hacia el interior del Parque todos los que pudimos, y como aun en aquel trance espantoso quisiera contenernos D. Pedro Velarde, le mató de un pistoletazo por la espalda un oficial enemigo. Muchos fueron implacablemente pasados á cuchillo; pero algunos y yo pudimos escapar, saltando velozmente por entre escombros, hasta alcanzar las tapias de la parte más alta. Allí nos dispersamos, huyendo cada cual por donde encontró mejor camino, mientras los franceses, bramando de ira, indicaban con sus alaridos que Monteleón había quedado por Bonaparte.

Difícilmente salvamos la vida; y no fuimos muchos los que pudimos dar con nuestros fatigados cuerpos en la huerta de las Salesas Nuevas ó en el Quemadero. Cuando traté de regresar, hallé cerrada la puerta de Santo Domingo, y tuve que andar mucho trecho buscando el portillo de San Joaquín. Por el camino me dijeron que los franceses, después de dejar una pequeña guarnición en el Parque, se habían retirado.

Dirigíme con esta noticia tranquilamente á casa, y al llegar á la calle de San José, encontré aquel sitio inundado de gente del pueblo, especialmente de mujeres, que reconocían los cadáveres. La Primorosa había recogido el cadáver de Chinitas. Yo vi llevar el cuerpo, vivo aún, de Daoiz en hombros de cuatro paisanos, y seguido de apiñado gentío. De D. Pedro Velarde oí que había sido completamente desnudado por los franceses, y en aquellos instantes sus deudos y amigos estaban amortajándole para darle sepultura en San Marcos.

Ya estaba cerca de mi casa, cuando vi un chiquillo que despavorido cruzaba la calle, dando voces. Era Polo... Le llamé; vino á mí.

«Se los han llevado... ¡ay! se los llevaron amarrados con una soga...

— ¿Á quién?

— Á la señorita Inés... y también... también al señor Cura, D. Celestino. Mi madre pudo escapar subiéndose al tejado.

— Pero ¿qué pasó?... ¿qué...?

— Los franceses dijeron que desde el balcón les habían tirado una cazuela de agua hirviendo. Fué don Celestino el que...

— ¡Jesús me valga!... ¿Y adónde los han llevado?... ¿Sabes?

— Por ahí dicen que á la Casa de Correos.»

¡Oh ansiedad, oh burla del destino! Corrimos Polo y yo hacia el centro de Madrid por calles invadidas de azorada y dolorida gente. Llegamos á la Puerta del Sol, y en todo su recinto no oíamos sino quejas y lamentos por el hermano, el padre, el hijo ó el amigo, sin motivo bárbaramente aprisionados. Se decía que en la Casa de Correos funcionaba un Tribunal militar. Á la entrada de las principales calles vimos una pieza de artillería con mecha encendida. Dieron las cuatro de la tarde, y no se desvanecía nuestra duda, ni de las puertas de la fatal Casa de Correos salía otra gente que algún oficial de órdenes que á toda prisa partía hacia el Retiro ó la Montaña.

De pronto, oigo decir que alguien va por las calles leyendo un bando. Corremos todos hacia la del Arenal; pero nos es imposible enterarnos de lo que leen. Preguntamos, y nadie nos responde, porque nadie oye. Llegamos hasta los Caños del Peral, y al poco rato apareció un pelotón de franceses que conducían maniatados y en trailla, como á salteadores, á dos ancianos y á un joven de buen porte. Después de esta fatídica procesión, vimos otra no menos lúgubre, en que iban una señora joven, un sacerdote, dos caballeros y un hombre del pueblo en traje como de vendedor de plazuela. La tercera la encontramos en la calle de Quebrantapiernas, y se componía de más de veinte sujetos, pertenecientes á distintas clases de la sociedad.

Repetidas veces vimos que detenían á personas pacíficas y las registraban, llevándoselas presas por si guardaban acaso algún arma, aunque fuera navaja para usos comunes. Yo llevaba en el bolsillo la de Chinitas, y ni aun me ocurrió tirarla, ¡tales eran mi aturdimiento y abstracción! Pero tuvimos la suerte de que no nos registraran. Últimamente, y á medida que anoecía, apenas encontrábamos gente por las calles. Lleguéme

á la Cuesta de la Vega y al palacio de *Amaranta*. El portero me dijo que Su Excelencia había partido dos días antes para Andalucía. Desesperado regresé al centro de Madrid, elevando mis pensamientos á Dios, como el más eficaz amparador de la inocencia, y traté de penetrar en la Casa de Correos. Al poco rato de estar allí procurándolo inútilmente, vi salir á un amigo mío, regente del *Diario*: venía con cara de tribulación. Á mis preguntas ansiosas contestó así: «Todos los presos que aquí estaban han sido llevados á la Moncloa, al Retiro... ¿Pero no conoces el bando? Los que sean encontrados con armas, *serán arcabuceados*... Los que se junten en grupos de más de ocho personas, *serán arcabuceados*... Los que hagan daño á un francés, *serán arcabuceados*... Los que parezcan agentes de Inglaterra, *serán arcabuceados*...»

En esto se me perdió Polo. Le busqué, le llamé... No podía yo perder tiempo y tiré hacia la Carrera de San Jerónimo. En mi camino encontré tan sólo algunos hombres que despavoridos corrían, y á cada paso lamentos dolorosos llegaban á mis oídos... Á lo lejos distinguí las pisadas de las patrullas francesas, y de rato en rato un resplandor lejano seguido de estruendosos disparos.

IX

Cómo se presentaba en mi alma atribulada aquel espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que puedo yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan á manifestar angustia tan grande. Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allá, en la esquina del palacio de Medinaceli, la rápida luz del fogonazo había iluminado un grupo, mejor dicho, un

montón de personas, en distintas actitudes colocadas y con diversos trajes vestidas. Tras de la descarga oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaron al fin en el silencio de la noche. Después, algunas



voces, hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oían las pisadas de los verdugos, cuya marcha en dirección al fondo del Prado era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. Llegué al fin al Retiro, y en la puerta del primer patio me detuvieron los centinelas. Un oficial apareció en la entrada.

«Señor — díjeme juntando las manos y expresando de la

manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba, — busco á dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes: la

Princesita no arrojó á la calle ningún caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado á ningún francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.»

El oficial, que no entendía, hizo un movimiento para echarme hacia fuera; pero yo proseguí con fuertes gritos:

«Señor oficial, ¿será usted tan inhumano que mande fusilar á dos personas inofensivas, á una niña de diez y seis años y á un infeliz viejo de sesenta? No puede ser. Déjeme usted entrar: yo le diré cuáles son, y usted mandará que les pongan en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Señor oficial, usted es bueno; usted no puede ser un verdugo. Un hombre como usted no se deshonorará asesinando á mujeres y ancianos inocentes.»

Sin duda mi ruego, expresado ardientemente y con profundísima verdad, conmovió al joven oficial, más por la angustia de mis ademanes que por el sentido de las palabras, extranjeras para él, y apartándose á un lado me indicó que entrara. Hícelo rápidamente, y recorrí como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no había más que franceses; pero en aquél yacían por el suelo las víctimas aun palpitantes, y no lejos de ellas otros esperaban la muerte. Vi que los ataban codo con codo, obligándolos á ponerse de rodillas, unos de espalda, otros de frente. Los más agitaban los brazos al mismo tiempo que lanzaban imprecaciones y retos á sus verdugos; algunos escondían con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedían la muerte, y vi uno que, rompiendo con fuerte sacudida las ligaduras, se abalanzó hacia los granaderos.

Algunos acababan en el acto, pero los más padecían largo martirio antes de expirar. Hubo muchos que,

heridos por las balas en las extremidades y desangrados, sobrevivieron, después de pasar por muertos, hasta la mañana del día siguiente. Los mismos franceses, reconociendo su mala puntería, les mandaron al hospital. Estos casos no fueron raros: yo sé de dos ó tres á quienes cupo la suerte de vivir después de pasar por los horrores de una ejecución sangrienta.

Casi sin esperar á que se consumara la sentencia de los que cayeron ante mí, los examiné á todos. Las linternas, puestas delante de cada grupo, alumbraban con siniestra luz la escena. Entre los inmolados y entre los que aguardaban el sacrificio, no vi á Inés ni á D. Celestino, aunque á cada instante me parecía reconocerles en cualquier bulto que se movía implorando compasión ó murmurando una plegaria.

En aquel trance doloroso, una mano helada cogió la mía, y al inclinarme vi un hombre desconocido que dijo unas palabras y expiró. Repetidas veces pisé los pies y las manos de varios desgraciados; pero en trances tan terribles, parece que se extingue todo sentimiento compasivo hacia los extraños, y buscando con anhelo á los nuestros, somos impasibles para las desgracias ajenas... Corrí hacia otro extremo del patio, donde sonaban lamentos y bullicio de gentío, cuando un anciano se acercó á mí cogiéndome por el brazo.

«¿Á quién busca usted? — le dije.

— ¡Mi hijo, mi único hijo! — me contestó. — ¿Dónde está? ¿Eres tú mi hijo? ¿Eres tú mi Juan? ¿Te han fusilado? ¿Has salido de aquel montón de muertos?»

Comprendí por su mirada y por sus palabras que aquel hombre había perdido el juicio, y seguí adelante. Otro se llegó á mí y preguntóme á su vez á quién buscaba. Contéle brevemente la historia, y me dijo:

«Los que fueron presos en el barrio de Maravillas no han venido aquí ni á la Casa de Correos. Están en

la Moncloa. Primero los llevaron á San Bernardino, y á estas horas... Vamos allá. Yo tengo un salvoconducto, y podremos salir.»

Salimos, en efecto, y en el Prado aquel hombre corrió desalado y le perdí de vista. No puedo decir qué calles pasé, porque ni miraba á mi alrededor, ni tenía más ojos que los del alma para ver siempre dentro de mí mismo el espectáculo de aquella gran tragedia. Sólo sé que corrí sin cesar, que oí las dos en un cercano reloj, y me encontré en la plazuela del Barranco, próxima á los Caños del Peral. Medí con el pensamiento la distancia y corrí hacia allá. La desesperación aligeraba mis pasos... Pronto llegué á la portalada que da á la huerta del Príncipe Pío, donde vi tanta gente curiosa que era difícil acercarse. Quise introducirme, intenté conmover á los centinelas con ruegos, con llantos, con razones, hasta con amenazas. Pero mis esfuerzos eran inútiles, y cuanto más clamaba, más enérgicamente me impelían hacia afuera. Después de forcejear un rato, la desesperación y la rabia me sugirieron estas palabras que dirigí al centinela:

«Déjeme entrar. Vengo á que me fusilen.»

El centinela me miró con lástima, y apartóme con la culata del fusil.

«¡Tienes lástima de mí — continué, — y no la tienes de los que busco! No, no tengas lástima. Yo quiero entrar. Quiero ser arcabuceado con ellos.»

Desde fuera escuchaba un sordo murmullo, lúgubre concierto de plegarias dolorosas y de imprecaciones violentas. No hallando razones que convencieran á los centinelas, discurrí un artificio que me parecía salvador. Registré ávidamente mis bolsillos, como si en ellos encerrase un tesoro, y sacando la navaja de Chinitas, que aun conservaba, exclamé con febril alegría:

«¡Ah! ¿No veis lo que tengo aquí? Una navaja, un cu-

chillo aun manchado de sangre. Con él he matado muchos franceses, y mataría al mismo Napoleón I. ¿No prendéis á todo el que lleva armas? Pues aquí estoy. Torpes, habéis cogido á tantos inocentes, y á mí me dejáis suelto por las calles... ¿No me andabais buscando? Pues aquí estoy. Ved, ved el cuchillo: aun gotea sangre.»

Tan convincentes razones me valieron el ser aprehendido, y al fin penetré en la huerta. Apenas había dado algunos pasos hacia las personas que confusamente distinguía delante de mí, cuando un vivo gozo inundó mi alma. La Princesita y D. Celestino estaban allí, ¡pero de qué manera! En el momento de entrar yo, á ambos les ataban, como eslabones de la humana cadena que iba á ser entregada al suplicio. Me arrojé en sus brazos, y por un momento, estrechados con inmenso amor, los tres no fuimos más que uno solo.

«¡Á mí, á mí también! — grité á los franceses con bárbaro delirio. — Ponedme á mí en la cuerda. Yo soy culpable, ellos no. Fusilad al mundo entero, pero poned en libertad á esta niña inocente y á este pobre sacerdote.»

El oficial francés que mandaba el pelotón miró á la Princesita, y viéndola tan humilde, tan resignada, tan bella, tan dulcemente triste en su disposición para la muerte, no pudo menos de mostrarse algo compasivo. Don Celestino, viendo aquella inclinación favorable, se echó á llorar, y dijo también: «Todos nosotros hemos pecado, pero esta niña es inocente.» Las lágrimas del anciano produjeron más efecto que mi ardiente súplica... Inés y D. Celestino fueron desatados de la cuerda... y me ataron á mí...

Cuando me ataban, volví el rostro y ya no vi á mis amigos. Mi Cuento de Hadas se difundió en la claridad de la rosada aurora... Y allí me quedé con mi cuento

trágico, cuyas últimas sensaciones apenas puedo contar... Un estruendo horroroso, después un zumbido dentro de la cabeza, y un hervidero en todo el cuerpo; calor intenso, seguido de penetrante frío; después una sensación inexplicable, como si algo rozara por toda mi epidermis; debilidad incomprensible que me hacía el efecto de quedarme sin piernas; palpitación vivísima en el corazón, y súbito detenimiento en el latido de esta viscera; después la pérdida de toda sensación en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello, y en la boca; la inconsciencia de tener cabeza, la absoluta reconcentración de todo yo en mi pensamiento; luego unas como ondulaciones concéntricas en mi cerebro, parecidas á las que forma una piedra cayendo al mar...; luego obscuridad profunda, misteriosamente asociada á un agudísimo dolor en las sienas..., un vago reposo, una extinción rápida, un olvido creciente, y por último... nada, absolutamente nada.

